

LECCIÓN III

MORAL INDIVIDUAL. DEBERES PARA CON EL ALMA.

División de los deberes para con el alma. — Prudencia, templanza y fortaleza. — Armonía de las virtudes privadas. — Deberes para con la inteligencia. — Deberes relativos á la expresión de la verdad. — Deber de veracidad. — La mentira. — Conflicto entre los deberes. — El perjurio. — Gravedad de la mentira. — Deberes de perfeccionamiento. — Cultura de la inteligencia. — La lógica desde el punto de vista moral. — Subdivisión de las virtudes intelectuales. — Deberes para con la voluntad. — La fortaleza. — Diversas formas de la fortaleza. — Deberes para con la sensibilidad. — La intemperancia. — Cultura de la sensibilidad.

División de los deberes para con el alma. —

Desde hace largo tiempo han admitido los filósofos que la distinción de las facultades debía servir de principio á la división de los deberes del hombre para consigo mismo.

La clasificación de las virtudes adoptada por los antiguos, que Platón había imaginado, y que Cicerón volvió á enumerar, está fundada precisamente sobre esta base. A la inteligencia ó á la razón corresponde la *prudencia* ó la sabiduría; á la sensibilidad la *templanza*; á la voluntad la *fortaleza*. Platón pretendía también que la *justicia*, que es la virtud social por excelencia, resultaba del acuerdo, de la armonía de estas tres facultades.

Prudencia, templanza y fortaleza. — La prudencia, en la acepción latina de la sabiduría, la templanza y la fortaleza son, en efecto, virtudes que se relacionan con las tres facultades esenciales de la humanidad: pero es preciso que estas tres palabras

expresen las diversas obligaciones que la moral privada impone á cada uno de nosotros.

Tomemos por ejemplo la templanza: se ha hecho ya relativamente mucho por la sensibilidad si se han dominado los apetitos groseros, si se ha abstenido uno de toda pasión desarreglada, de todo placer prohibido; en una palabra, si se ha sido temperante. Pero esta temperancia no es, sin embargo, más que una parte de nuestros deberes para con la sensibilidad; no es suficiente preservarla de toda bajeza, es necesario ennoblecerla, elevarla, es preciso desarrollar las emociones dignas, las afecciones generosas; y la palabra templanza no conviene más que para designar los esfuerzos que exige el perfeccionamiento de nosotros mismos.

Es, pues, preferible renunciar á la distinción antigua y dividir la materia en tres partes:

- 1.^a Deberes para con la inteligencia.
- 2.^a Deberes para con la voluntad.
- 3.^a Deberes para con la sensibilidad.

Armonía de las virtudes privadas. — Aunque distintos por otra parte estos diferentes deberes están, por decirlo así, incluídos los unos en los otros. La moderación en los deseos, la templanza, que pertenece á la disciplina de la sensibilidad, supone la sabiduría, el discernimiento del bien y del mal, que se refiere á la disciplina de la inteligencia. Ellas suponen además la energía de la voluntad, puesto que no son sino una especie de fortaleza que nos permite dominar nuestras pasiones. La fortaleza por su parte, que es una virtud de la voluntad, no podría existir sin la inteligencia que esclarece nuestras acciones, sin la impassibilidad que regula nuestras emociones y nos hace dueños de nosotros mismos.

En otros términos, las virtudes personales dependen las unas de las otras y se llevan como de la mano. Quizás el fundamento común de ellas debe ser

buscado con preferencia en las virtudes intelectuales que establecen en nosotros el gobierno de la razón.

Deberes para con la inteligencia. — Como todos los otros deberes personales, los deberes para con la inteligencia son: ya *deberes de dignidad*, que consisten en no decaer, ya *deberes de perfeccionamiento*, que tienen por fin desenvolver más y más nuestras facultades intelectuales: los primeros son sobre todo deberes de abstención ó negativos; los segundos deberes positivos ó de acción.

M. P. Janet ha propuesto otra distinción que tiene su valor: deberes relativos á la expresión de la verdad; deberes relativos á la investigación de la verdad.

Deberes relativos á la expresión de la verdad. — Lo que debemos en primer lugar á nuestra inteligencia es el no hacer nada que altere su curso normal ó la desvíe de su natural destino. Ahora bien, la inteligencia nos ha sido dada para conocer la verdad y también para explicarla; de aquí que haya una virtud que se denomine *veracidad*, y una falta opuesta que se llame *mentira*.

Deberes de veracidad. — La veracidad es el apego constante á la verdad. El más bello elogio que puede hacerse de cualquier individuo es decir que es un hombre *veraz*. La veracidad es hermana de la sinceridad y de la franqueza: la sinceridad no altera jamás la verdad, la franqueza, la publica, la manifiesta abiertamente.

La mentira. — La mentira es, sin duda, una falta para con otro, una violación de los deberes de justicia: implica, en efecto, la intención de engañar, es un robo hecho á nuestros semejantes á quienes debemos la verdad y á quienes se causa un perjuicio real. Rousseau definía la mentira: «todo aquello que, contrariando á la verdad, hiere á la justicia de alguna manera.»

La mentira es también una falta para con nosotros

mismos: humilla y degrada nuestra inteligencia, empleándola en otra cosa contraria á su objeto y á su fin, cual es el de decir la verdad.

Se han distinguido diversas especies de mentira. Los escolásticos distinguían entre la mentira *maliciosa*, hecha con la intención de engañar, y la mentira *verbal* que sólo está en las palabras y no implica el deseo de dañar. Seguramente que estas dos formas de mentira no son igualmente reprobables, pero la moral condena á una y á otra. Nada más indigno de un hombre que complacerse en estas alteraciones de la verdad, que no por ser inocentes, como las gasconadas, son menos contrarias á la gravedad del carácter.

Hay también lo que se llama mentiras *oficiosas*, mentiras hechas con la intención de ser agradables ó útiles á alguno. Rousseau no las admite: «Lo que se llama mentiras oficiosas, dice, son verdaderas mentiras, porque engañar ya en favor de otro, ya de sí mismo, no es menos injusto que engañar en detrimento de uno mismo ó de otro.

Conflicto entre los deberes. — Sin embargo, se dirá, en ciertas circunstancias la mentira es permitida y aun obligatoria: en el caso, por ejemplo, del médico que disimula su estado á un enfermo. No, la mentira es siempre mala en sí misma; pero existen casos en que hay conflicto entre los deberes, en que es preciso elegir de dos males el menor. En el caso citado, el médico tiene dos deberes: el deber de salvar al enfermo, si puede, ó ahorrarle al menos una desesperación inútil, y el deber de decir la verdad. Es evidente que de estas dos obligaciones la primera es la más importante y tiene que preferirse á la otra.

El perjurio. — El perjurio es una mentira agravada, y, como se ha dicho, una doble mentira. El hombre perjuro, en efecto, es el que presta un falso juramento, ó que viola uno anterior. Ahora bien, en

el juramento no sólo se afirma, sino que se toma como testigo de su afirmación ya á Dios, ya á los otros hombres, ya á su propio honor. Se miente, pues, dos veces en el perjurio, puesto que en él se afirman dos cosas falsas.

Gravedad de la mentira. — Lo que prueba mejor la gravedad de la mentira, es que no hay más terrible ofensa que un mentís. Rousseau hace observar con razón que importa tanto más unir la infamia á la mentira, cuanto que de todas las malas acciones es la más fácil de ocultarse y la que cuesta menos cometer.

Deberes de perfeccionamiento. — No es suficiente el hacer buen uso de la inteligencia que uno tiene y no emplearla nunca sino en servicio de la verdad; es preciso además esforzarse en adquirir todos los días mayor inteligencia. Sin duda la naturaleza nos ha hecho más ó menos inteligentes, pero no es enteramente exacto, sin embargo, decir con Cousin: «Nadie puede formarse un espíritu distinto del que ha recibido.» Mediante el ejercicio y el cultivo, no solamente se educa y se fortifica el espíritu, sino que se le ensancha y se le engrandece.

Cultura de la inteligencia. — «Trabajemos por pensar bien, hé aquí el principio de la moral.» Esto dice Pascal, y afirma que toda nuestra dignidad consiste en el pensamiento. Los más grandes hombres han colocado siempre el ejercicio del pensamiento en primera línea, tratándose de los atributos de la humanidad. «¡Oh! Atenienses, decía Sócrates, si vosotros me propusieseis ó no filosofar más ó morir, yo os respondería: Quiero mejor morir.» Y Agustín Thierry (1) escribía: «Hay en el mundo una cosa que vale más que la fortuna, más que la misma salud, á saber: el sacrificarse por la ciencia.»

(1) A. Thierry, «Diez años de estudio», prefacio.

Las virtudes intelectuales son, pues, de un gran precio. Se pueden desde luego distinguir dos principales, teniendo en cuenta una vieja distinción, que data de Aristóteles, entre la inteligencia *teórica* ó contemplativa, y la inteligencia *práctica* ó activa.

Por una parte nosotros debemos aspirar á la ciencia: entiéndase bien que en diversos grados, en la medida de nuestras fuerzas y de nuestras necesidades, en conformidad con nuestra condición y con el tiempo libre de que disponemos. Pero por humilde que el hombre sea, tiene siempre el deber de disipar su ignorancia nativa y de adquirir el mayor número posible de conocimientos, no solamente de los relativos á su profesión, sino también de aquellos que aprovechan simplemente á su espíritu. Esta es la virtud que los antiguos colocaban en primer lugar con el nombre de *prudencia* ó *sabiduría* y que Cicerón definía la inquisición y el descubrimiento de la verdad.

Por otra parte, á la inteligencia teórica ó á la ciencia es necesario saber unir la inteligencia práctica ó el *juicio*. Ciertos moralistas, Nicole* por ejemplo, no admiten tampoco la utilidad ó la obligación de la ciencia, sino en la medida en que los conocimientos adquiridos pueden aprovechar á la justicia y á la exactitud del juicio. Más lata la moral moderna, cree en la necesidad de desenvolver la inteligencia á la vez que para ella misma, para su perfeccionamiento desinteresado y para los usos de la vida práctica. Desde este punto de vista lo que nos exige la moral no es la adquisición del mayor número posible de conocimientos, sino la educación del juicio, y para esto recurre á la ayuda de la Lógica.

La Lógica desde el punto de vista de la moral. — La Lógica es la ciencia y el arte de juzgar y de razonar. Ella es, por decirlo así, la higiene y la gimnástica de la inteligencia: la higiene, porque se

esfuerza por prevenir el error, que es la enfermedad del espíritu; la gimnástica, porque trata de fortificar, de ensanchar los órganos del pensamiento. En este sentido el método, que es una regla de la lógica, viene á ser una ley de la moral.

Subdivisión de las virtudes intelectuales. — Á decir verdad, así como hay facultades distintas en la inteligencia, así también se puede sostener que hay virtudes intelectuales particulares. Nosotros tenemos deberes frente á frente de la imaginación que es necesario excitar y disciplinar, frente á frente de la memoria que es preciso cultivar y ornar, frente á frente del razonamiento que es necesario ejercer y reglamentar. Pero nosotros tenemos sobre todo deberes frente á frente de la razón, es decir, de la facultad maestra que por sí sola nos proporciona una idea clara de lo verdadero y del bien y que guía la libertad.

En cierto sentido se podría decir que el deber de ejercer la razón comprende todos los otros deberes, pues la razón es la que nos enseña en todos los casos la conducta que debemos seguir, y sin la razón estaríamos, en todas nuestras acciones, á merced de nuestros caprichos y pasiones.

Deberes para con la voluntad. — Otro tanto podría decirse de nuestros deberes para con la voluntad, puesto que la voluntad es el principio de todas nuestras acciones morales. Toda virtud emana á la vez de la razón, que nos ha indicado lo que debemos hacer, y de la voluntad que nos ha dado la fuerza para cumplir con nuestro deber. De aquí la importancia particular de las obligaciones del hombre para con la voluntad y el valor de lo que se puede llamar las *virtudes del carácter*.

De estas obligaciones la primera consiste en no hacer nada que comprometa, que enajene nuestra libertad. La *independencia* del carácter es uno de

los resortes esenciales de una vida honrada y virtuosa.

Por otra parte debemos esforzarnos por desenvolver nuestra energía y nuestra voluntad; una sola palabra, la *fortaleza*, resume sobre este punto nuestras obligaciones.

La fortaleza. — La fortaleza, cuyo nombre latino *virtus*, se confundía con el nombre de toda virtud, débese en parte á causas físicas: la fuerza del cuerpo la facilita, pero no la garantiza. La fortaleza está acompañada también, en cierto sentido, de insensibilidad y de juicio; pero el elemento esencial que la funda es la voluntad.

Diversas formas de fortaleza. — La fortaleza es la palabra genérica: explica todas las especies de firmeza morales, pero comprende diversas formas de fortaleza. La bravura es, sobre todo, la fortaleza en los combates; la valentía es una fortaleza brillante é impetuosa; la paciencia es una fortaleza prolongada de todos los instantes, puede ser que hasta sea más difícil que la fortaleza rápida desplegada en el ferviente ardor de una batalla. Los antiguos, que tenían una predilección marcada por la fortaleza militar, hacían también gran caso de la paciencia, de la tranquilidad de alma, que se manifiesta en la vida doméstica y civil. La paciencia excluye la cólera, esta corta locura en que perdemos la posesión de nosotros mismos; excluye también el desfallecimiento, la debilidad. Su fórmula antigua era: « No debéis desear que las cosas acontezcan como las queréis, sino debéis quererlas como ellas acontezcan. »

La resignación, otro nombre de la paciencia, no es por otra parte una virtud sino con la condición de no ser la sumisión pasiva, ya sea á los decretos del destino, ya á la voluntad de Dios: no es verdaderamente una de las formas de la fortaleza sino cuando además del humor igual que ella opone á las contra-

riedades, á los accidentes, á las desgracias de la vida, posee la energía necesaria para evitar y sobreponerse á todo esto siempre que sea posible (1).

Cualquiera que sea la diversidad de sus formas, la fortaleza, en el fondo, es siempre idéntica á sí misma. Fortaleza civil ó fortaleza militar, fuerza de alma en la adversidad, resistencia á las pasiones, es la voluntad firme, dueña de sí misma, que sabe resistir á los obstáculos de donde quiera que vengan. Aristóteles rehusaba sin ninguna razón el nombre de valerosos á aquellos que arrostran la enfermedad y la pobreza, bajo el pretexto de que aquellos que son cobardes ante los peligros de la guerra soportan algunas veces con firmeza los reveses de la fortuna.

Lo contrario de la fortaleza es la cobardía. El exceso de la fortaleza es la temeridad. La verdadera fortaleza sabe afrontar los peligros necesarios y evitar los peligros inútiles. La prudencia, en su sentido francés, es decir la virtud que discierne el peligro, que busca los medios de apartarlo, siempre que el honor lo permita, tiene marcado su lugar al lado de la fortaleza.

Deberes para con la sensibilidad. — El primer deber para con la sensibilidad es la templanza, es decir, la moderación en los deseos, en las inclinaciones de todo género.

Es injusto, en efecto, restringir el alcance de la templanza solamente á los apetitos, al de beber y al de comer por ejemplo. Se es temperante también cuando se han regulado los sentimientos más generosos y más elevados: se es temperante en las amistades, en las ternuras domésticas, en el sacrificio patriótico. El *patriotero* * es un intemperante; un intemperante

(1) Habría todavía que distinguir otras formas de fortaleza: la constancia y la perseverancia, el espíritu de iniciativa, la grandeza de alma, etc.

también el artista embriagado con su arte y al cual lo sacrifica todo.

La templanza es la razón interviniendo en el dominio de los sentimientos y de las pasiones para contenerlos y reglamentarlos, para establecer en este mundo turbado y tumultuoso el orden y el equilibrio. Los estoicos, que asignaban en el catálogo de las virtudes un lugar de honor á la templanza y á la fortaleza, resumían su pensamiento dirigiendo al hombre este precepto famoso: *Abstente y soporta*. La fortaleza consiste en efecto en soportar: la templanza en abstenerse, al menos de todos los excesos. La verdadera moral no prohíbe en efecto el placer legítimo, como lo hace la moral ascética, no reprueba más que los excesos.

La intemperancia. — Aunque la templanza se extiende á la sensibilidad entera, no por esto es menos verdadero que las formas más detestables del vicio contrario á la templanza son aquellas que determinan los apetitos groseros de la sensibilidad física.

Hace largo tiempo que Sócrates demostró todo lo que la intemperancia trae de degradación moral y física al alma de aquel que se entrega á ella: impotencia intelectual, esclavitud frente á frente de la pasión, incapacidad de servir á sus amigos, á su familia y á su patria; remordimientos, agotamiento y enfermedad.

Como el suicidio, del que á menudo es la causa inicial, la intemperancia, bajo la forma de borrachera, de alcoholismo, se cuenta en el número de las plagas sociales que parecen seguir una ley fatal de progresión en las edades civilizadas. Channing se inquietaba por los avances que hace esta plaga en los Estados Unidos, y llegó hasta pedir que el gobierno prohibiese la venta de bebidas espirituosas (1). En

(1) Channing, « Obras Sociales », pág. 203.

Francia también tenemos que preocuparnos por los mismos peligros (1) y que buscar remedios esforzándonos por sustituir más y más en el alma popular al gusto de las sensaciones brutales y groseras la inquisición de distracciones nobles y de emociones elevadas (2).

Cultura de la sensibilidad. — El cultivo de las partes más elevadas de la sensibilidad, es, en efecto, el mejor medio de alejar á los hombres de la intemperancia. Esta higiene preventiva es por otra parte más eficaz que las severidades de la ley penal.

Hay, decía Cousin, una cultura de la sensibilidad. ¡ Felices aquellos que han recibido de la naturaleza el entusiasmo, el fuego sagrado! Ellos deben conservarlo religiosamente. No hay ningún espíritu que no oculte una veta provechosa. Es necesario sorprenderla y seguirla, apartar aquello que la estorbe, buscar aquello que la favorezca, y, por una cultura asidua, sacar poco á poco de ella algunos tesoros. Si uno no puede darse la sensibilidad, puede al menos desenvolver la que tiene. Y esto se consigue esforzándose en aprovechar todas las ocasiones de ejecutar este desenvolvimiento y llamando en su ayuda á la inteligencia misma: pues mientras más se conoce lo bello y lo bueno más se les ama (3).

Los sentimientos son en parte el principio de los deberes sociales, de los deberes de familia y amistad; y por consiguiente nosotros los encontraremos en las lecciones que siguen. Pero fuera de toda consideración social el hombre se debe á sí mismo el ser bueno y afectuoso. La bondad forma parte de las virtudes

(1) Véase M. Claude (des Vosges) *El alcoholismo*, 1887.

(2) La ley del 23 de Enero de 1873, tendiendo á reprimir la embriaguez pública y á combatir los progresos del alcoholismo, castiga con una multa de 1 á 5 francos á aquellos que fueren encontrados en estado de embriaguez manifiesta en las calles, caminos, plazas, cafés, tabernas ú otros lugares públicos. En caso de nueva reincidencia, durante los doce meses que sigan á la segunda condenación, la pena es de seis días á un mes de prisión ó de 16 á 300 francos de multa.

(3) Véase Cousin, *op. cit.*, pág. 380.

personales, aunque no pueda ejercitarse más que en la vida social. El hombre seco, de corazón duro, no ha realizado en sí el ideal de la personalidad. Cuando Dios hizo el alma del hombre, dice Bossuet, puso en ella, en primer lugar, la bondad.

RESUMEN

28. La división de los deberes para consigo mismo debe estar fundada en la **distinción de las facultades**.

29. Los antiguos aplicaban ya este método cuando distinguían la **prudencia**, ó virtud de la **inteligencia**, la **templanza**, ó virtud de la **sensibilidad** y la **fortaleza**, ó virtud de la **voluntad**.

30. Hay, pues, que distinguir : 1º Deberes para con la inteligencia; 2º Deberes para con la sensibilidad y 3º Deberes para con la voluntad.

31. Aunque las virtudes personales se refieran, con especialidad, á una ú otra de nuestras facultades, suponen en general el concurso de todas ellas.

32. Los deberes hacia la inteligencia son : ya **deberes de dignidad**, ya **deberes de perfeccionamiento**. Los primeros consisten principalmente en la **expresión de la verdad** y los segundos en la **adquisición de ésta**.

33. El primer deber intelectual es la **veracidad**.

34. La **mentira** no es solamente una falta hacia nosotros mismos, sino también una infracción del deber para con nosotros mismos.

35. La mentira siempre es reprehensible; pero en ciertos casos la obligación de cumplir deberes más importantes nos pone en la necesidad de faltar al deber de la veracidad.

36. Los deberes de perfeccionamiento para con la inteligencia, consisten en ilustrarla y fortificarla. Corresponden á estos deberes dos virtudes : la **ciencia**, por una parte, que es la virtud de la inteligencia teórica y, por la otra, el **juicio**, que es la virtud de la inteligencia práctica.

37. Las virtudes de la voluntad son : la **independencia del carácter** y la **fortaleza**.

38. La **fortaleza** es la **voluntad fuerte**, dueña de sí misma, que sabe afrontar los peligros necesarios, resistir á los obstáculos y soportar las pruebas.

39. La fortaleza reviste diversas formas y se llama á menudo **bravura**, **valentía**, **paciencia**, **resignación**, **fuerza de espíritu**, etc.

40. La **templanza** es la primera virtud de la **sensibilidad** y consiste en dominar y reglamentar no sólo los apetitos, sino también todos los sentimientos en general.

41. El mejor remedio que se puede oponer á la **intemperancia**, es la **cultura de los sentimientos elevados** y de los afectos generosos.

LECTURAS

Perfeccionamiento de si mismo

Haz contigo lo que hace el estatuero con la estatua que quiere perfeccionar : él repara, suprime, pule y purifica en ella todo lo que juzga conducente para que resplandezca en la misma la belleza. Tú también de igual modo extirpa tus imperfecciones, corrige tus inclinaciones viciosas y haz lucir una luz pura sobre los pensamientos tenebrosos ; no ceses de trabajar en tu estatua hasta que hayas conseguido que resplandezca en ella la gracia de la virtud, cual si fuera una imagen divina, y hasta tanto que la veas asentada en el trono inmovible de la santidad y de la pureza, reinando en tí la sabiduría (Plotino *, *Eneadas*, 6º 1, 9).

La mentira

Faltar á la verdad es la mayor transgresión del deber en que puede incurrir el hombre para consigo mismo, considerado simplemente como ser moral, y para con la humanidad, al relacionarla con su persona. Toda falsedad en la expresión de su pensamiento, aun suponiendo que no hiera los derechos de otro, está condenada por la moral; el deshonor, es decir la falta de consideración moral, acompaña siempre á la mentira y no deja al mentiroso, como la sombra no se aparta del cuerpo. La mentira puede ser externa ó interna. Por la primera se hace el hombre despreciable á los ojos de los otros hombres y, por la segunda, — lo que es peor — se envilece á sus propios ojos.... La mentira es el aniquilamiento de la dignidad humana.... El mentiroso, más bien es una apariencia de hombre, que un hombre verdadero (Kant, *Principios metafísicos de la moral*).

La fortaleza

Vespasiano había ordenado á Helvidio Prisco que no fuese

al Senado y éste le respondió : « Está en tu poder el que yo no pertenezca al Senado; pero mientras yo sea miembro del mismo, es preciso que yo vaya. — Está bien, le dijo el Emperador, irás, pero estarás callado. — No me interrogues y no hablaré. — Es preciso que yo te interrogue. — Entonces será preciso que yo conteste aquello que me parezca justo. — Si lo dices te haré morir. — ¿ Cuándo te he dicho yo que fuese inmortal? Tú desempeñarás tu papel y yo el mío. Tu papel es matarme y el mío morir sin temblar. » (Epitecto, *Conversaciones*.)

La intemperancia

La extinción voluntaria de la razón es el mal esencial de la intemperancia. El mal es interior y espiritual. El ebrio se despoja, durante cierto tiempo, de su naturaleza razonable y moral; y al perder la conciencia de lo que es, y el imperio de sí mismo, produce en su persona la demencia y, por la repetición de semejante locura, deprava cada día mas y más sus facultades intelectuales y morales. Los otros males de la intemperancia no son nada en comparación de éste, puesto que todos dimanan de él, y es justo que todos los males se le junten y lo acompañen. Ciertamente, cuando el hombre levanta su brazo criminal contra lo que produce su vida, cuando ahoga su razón y su conciencia, es de desear que todos los hombres, y aun él mismo, conozcan, de una manera solemne y horripilante, la intensidad del crimen, cuántas sean las calamidades exteriores que denuncian la prueba de la ruina interior, por la cual trabaja, y, á la vez, que la condenación y la desgracia escritas sobre su rostro, sobre su cuerpo y, en una palabra, sobre toda su persona, declaren cuán terrible cosa sea para el hombre, criatura racional de Dios, renunciar á su razón y embrutecerse (Channing, *Obras Sociales*).

LECTURAS RECOMENDADAS

Marco Aurelio, *Pensamientos*.
Channing, *Obras Sociales, De la templanza y de la embriaguez*.
Zurcher y Margollé, *La energía moral*.

LECCIÓN IV

MORAL SOCIAL. — JUSTICIA Y CARIDAD.

Moral social. — División de la Moral social. — Deberes hacia los hombres en general. — Justicia y Caridad. — Su fundamento. — La justicia. — Definición de la justicia. — Diferentes formas de la justicia. — La caridad. — Fórmulas generales de los deberes de justicia y caridad. — Otras diferencias. — Los deberes y los derechos. — Carácter de los deberes de caridad. — División de los deberes de justicia.

Moral social. — (El hombre no ha nacido para el aislamiento) hace mucho tiempo que los filósofos lo han definido un *ser sociable*, hecho para la sociedad) Por retirada que sea nuestra vida, siempre estamos más ó menos colocados en relaciones sociales; y por poco que estemos llamados por nuestra condición á una función pública, las relaciones con nuestros semejantes se extienden y se generalizan. Quien haga la cuenta de las acciones que ejecuta, podrá ver que la mayor parte de ellas son acciones sociales, comprendiendo, bien entendido, en esta expresión las acciones domésticas que se derivan de nuestras relaciones con los diferentes miembros de nuestra familia. (Á decir verdad, el primer deber social del hombre es vivir en sociedad, no encerrarse, por egoísmo, por una misantropía huraña, ó por un misticismo devoto, en una vida de reclusión solitaria, que no es conforme á la naturaleza y que tiende á desligarnos de todas las obligaciones sociales. La sociedad, que es un hecho, es también un deber.)

La obra moral por excelencia, dice M. Charles, no podría ni aun bosquejarse en la soledad, y el deber liga á los hombres